



DIRECTORA

La Serma. Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera,

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 16

Salamanca 15 de Abril de 1907

AÑO II

EL ALMA DE SANTA TERESA

EN SU ESTILO Y LENGUAJE

(CONTINUACIÓN)

PERO es que de aquí también nace que la obra artística que no lleve grabada esa sangrienta huella del vivir, que es el luchar, no puede menos de estar falseada, por muy delgadamente que se haya tejido y por muy sutilmente que se hayan atado todos los cabos. El acicalado autor de la *Conquista de Nueva España*, nos pinta un Senado y un orador que platican como se platicaría en las más refinadas Academias del Renacimiento, como podría platicar cualquiera de los personajes del "Cortesano". Aquellos no son trascaltecas, ni Dios que lo vió. Allí está Solís y sólo Solís, con su alechugada y bien almidonada valona de puntas, con sus sedosos y perfumados guantes. Ma-

ravillanos el corte de sus frases, la redondez de sus períodos, lo pulimentado de sus sentencias, el orden y trabazón de sus razonamientos. Es una labor de fina taracea ó atanjía, hija de la paciencia y del ingenio; pero la pintura, por lindas y bonitas que sean las pinceladas, es falsa de todo punto. Grande ingenio, ó muy culto, más que grande: es la única filosofía, el único pensamiento que nos queda de tan cincelada obra.

Si, á ser más natural y filósofo, nos hubiera puesto delante de los ojos lo que aquel pueblo era en hecho de verdad, sus hombres robustos, altaneros, pero salvajes; sus razonamientos, de sentido común, pero briosos y á tirones, recios como las caobas de sus bosques, ardientes como las avenidas de fuego y lava de sus volcanes; los maestros de retórica no hubieran tal vez insertado la pieza en sus *Colecciones de trozos escogidos*, pero hubieran dado más que pensar y que sentir al filósofo y al amante del supremo y verdadero arte.

Enséñannos los botánicos que la estructura natural de cada planta, manifiesta desde la primera célula embrionaria hasta su desenvolvimiento último, lleva consigo cierta simetría en la colocación geométrica de sus partes, de las hojas en los ramones, de los ramones en las ramas, de las ramas en el tronco, lo mismo que de los estambres y pistilos en medio de los pétalos, de los pétalos y hojuelas en la corola y cáliz de la flor.

A ser dioses ciertos escritores, nos hubieran aburrido muy presto, llenando valles y montes de árboles, arbustos y matas acabadísimos, sin la menor tacha en esta teórica simetría que les trazó el Criador. A buena dicha, ni Solís, ni otros de su linda ralea, han tenido jamás las riendas del gobierno del universo, y los séres todos se nos ofrecen con las muestras de la lucha en que viven y se desenvuelven en medio de las contrastadas fuerzas de la naturaleza, con las cicatrices, digamos, de la pelea, que á la par de la variedad riquísima en formas dentro de la traza única de su estructura, nos descubren algo de más hondo, el vivir social de todas las cosas, que tal vez entrañe la explicación del sér y de los fenómenos todos del universo.

Hay obras de arte que por su monótona regularidad habían el gusto del más espetado amigo de la línea recta. El estilo ornamental simétrico europeo va perdiendo tierra, mientras la va ganando el irregular, caprichoso, despareado y har-to más natural cuanto más variado de los japoneses.

Nada de japonés, ni de guerrero belicoso, tenía el alma de la Teresa española; pero, como no escribía por hacer arte, ni estaba mostrada á tijeretear y repulir lo una vez caído de su pluma, con sólo saber muy bien sabida su habla castellana, sin más recetas modernistas, ni menos palabrillas y frasesitas de cajón ó tiroir francés, nos dejó unos tratados y cartas, que es un contento el leerlos. Porque, para cifrarlo en una sola palabra, en ellos dejó retratada toda su alma. Y el alma, que bulle en la obra de arte, es la que hace que lo sea, que lleve en sí espejado su propio vivir, sentir y luchar, no en línea recta, sino serpeando y meneándose en encontrados pasos, llevada de sus afectos, á cada rato variados y de mil visos y tonalidades, aunque esa alma viva en tan serena región, como la de la Madre Teresa.

Asunto de más vagar y para más delgado ingenio que el mío fuera este de descubrir y sacar el alma de Santa Teresa en sus escritos. Para ver en ellos su alma entera no es menester, cierto, ser un águila ni perderse de vuelo; yo la veo tan claramente, como mi semblante al mirarme en el espejo. Pero no es lo mismo ver y sentir las cosas, que saber expresarlas. Eso se queda para artistas tan verdaderamente sinceros y tan ricamente dotados del dón de la expresión artística, como la misma Santa.

Y torno á hacer hincapié en lo sincero, porque es cualidad de los niños ésta de la sinceridad, bien que algún tanto arrebuja á veces con cierto spiritillo de mentirijilla, que les carcome, y obscureciera su franqueza, á no ponerla más de relieve su infantil creencia de que engañan á los demás no engañándose más que á sí mismos.

Tengo para mí que los más ingeniosos escritores deben el encanto con que nos traen embelesados á esta sinceridad de niños. Hácense niños al poner los ojos en el asunto que quieren escudriñar; porque no hay nube que así nos ciegue y embote la vista, como el uso, que traen consigo los años, de mirar como por rutina las cosas más maravillosas. Que las gasta y les roba toda aquella frescura y lustre, con que de niños nos embebecían y nos paraban como abobados. ¿Pues qué, si se allega la huera hinchazón del escritor, que da tontamente crédito á los elogios, los cuales le hinchen á la letra el oído así como suena, hasta volverle miope, y hacerle creer que

puede echárselas de maestro autorizado; y así se pone á estudiar y escribir con el hipo de descubrir y decir maravillas?

Santa Teresa, fuera de su discreción más que de mujer, escribía como escribiría una niña candorosa y primeriza en esto de tomar la pluma. No se le entiende á ella de enjaretar períodos rodados y cuadrímembres, ni de casar los toques de los colores en su cuadro, de arte que resalten y rebulten las luces de entre las sombras, ni de tornear sus frases, ni de alambicar los conceptos, ni de hacerlos parir unos á otros mirándolos por sus diferentes haces ó contraponiéndolos en brillantes paradojas, ni siquiera de seguir la hebra del razonamiento hasta el cabo. Corta por donde se le antoja, digo, cuando se le atraviesa otra cosa de mayor momento, y luego ya no se le acuerda de tornarlo á enhebrar. No pensamos y discurremos así, á retazos, tomando á lo mejor un cabo suelto que andaba allá por la madeja y se nos viene de pronto á los ojos, sin cuidarnos del concierto en las sentencias. ¿Pues por qué no habré de escribirlo así?, hubiera respondido la Santa al empecatado preceptista que le hubiera salido con estos escrúpulos de retóricas manidas.

Vengamos ya, que ya es hora, á ver cómo se las entiende la Santa en esto de escribir. No habrá ido fuera de propósito cuanto hemos discurrido hasta aquí, si en su estilo y lenguaje hallamos puesto en su punto ese que yo llamaría naturismo ó realismo español, para no enmarañarnos, ni tengan que achacarme nada, usando el vocablo naturalismo, que ha tomado en Francia, y de allí se ha corrido á las demás naciones, un sentido harto distinto, bien que cimentado en la misma propensión á buscar los hechos naturales, tal como se nos ofrecen en el mundo. Ahí, repito, han venido á parar la literatura y el arte, arrastrados por las corrientes científicas que han dado este colorido y sabor á todo linaje de estudios y disciplinas, descostrándolas de las impurezas añejas, de los convencionalismos y dogmatismos de antaño. Así ha quedado sepultada la antigua retórica, en lo que encerraba de falsos puntos de mira y de procedimientos rutinarios, y sobre sus ruinas han brotado toda suerte de escuelas y teorías, encaminadas por este eterno sendero de la verdadera estética, de la naturalidad y realidad.

No habíamos menester, nosotros los españoles, ese natu-

ralismo francés á lo Zola, que por irse tras los hechos, cierra los ojos á otros que no lo son menos, al anhelo del alma humana por un ideal elevado de vida y por la virtud, hoy tan vivo y aun más vivo y sentido que nunca, y se abate y encharca y se zambulle en las podredumbres del vicio y de la miseria.

Nuestra literatura fué siempre natural y realista. En una sociedad tan falseada como la de Versalles buena falta hacía que tras la revolución, que desterrase la mentira política, viniese el realismo en el arte que acabase con el embuste retórico.

Pero acá en España, aun á vueltas de las más desatadas locuras del gongorismo y conceptismo, el realismo sano, la naturalidad, arraigaba tan hondamente en nuestra raza, que seguía tan lozano como en las épocas de la Celestina, de los místicos y de la picaresca. Ese realismo español, á donde no ha llegado todavía el arte francés en sus altibajos y vaivenes, y no sé si algún día llegará, porque el carácter de la raza no lo lleva, ha tenido en España casi tantos seguidores en todos tiempos como artistas y escritores; pero, sin hacer injuria á ninguno, bien podemos asegurar que Santa Teresa les lleva á todos ventaja en esta parte. De aquí que su lenguaje sea lo menos rebuscado que pueda concebirse. El artificio, no ya la afectación, es cosa que se despegaba de un alma tan sincera como la de nuestra Santa. No hay en todos sus escritos una frase, una sola palabra que huela al menor artificio retórico de escuela. Y cosa maravillosa, pero que nada tiene de extraña, Santa Teresa no discanta un punto de los preceptos retóricos ni gramaticales, digo, de los que se fundan en los principios eternos del arte y del organismo idiomático del castellano. He oído decir á algunos que nuestra escritora es descuidada, por lo mismo que es tan llana y poco curiosa en escribir. La queja es antigua. Ciertos teólogos y retoricuelos de su tiempo se daban á entender que "algunas veces la madre Teresa en sus libros interrumpe el razonamiento, que llevaba, con otras pláticas, y entremete unas exclamaciones, con que se olvida de lo que iba diciendo, y unas paréntesis prolijas que hacen obscuro el sentido: al fin como quien no sabe los preceptos de la Retórica y el orden que ha de llevar el buen libro. Y demás desto dicen que usa de vocablos que no son propios ni verdaderos para declarar su conceto". Bien de otra manera lo entendía el P. Jerónimo Gracián, de cuyo libro *Di-*

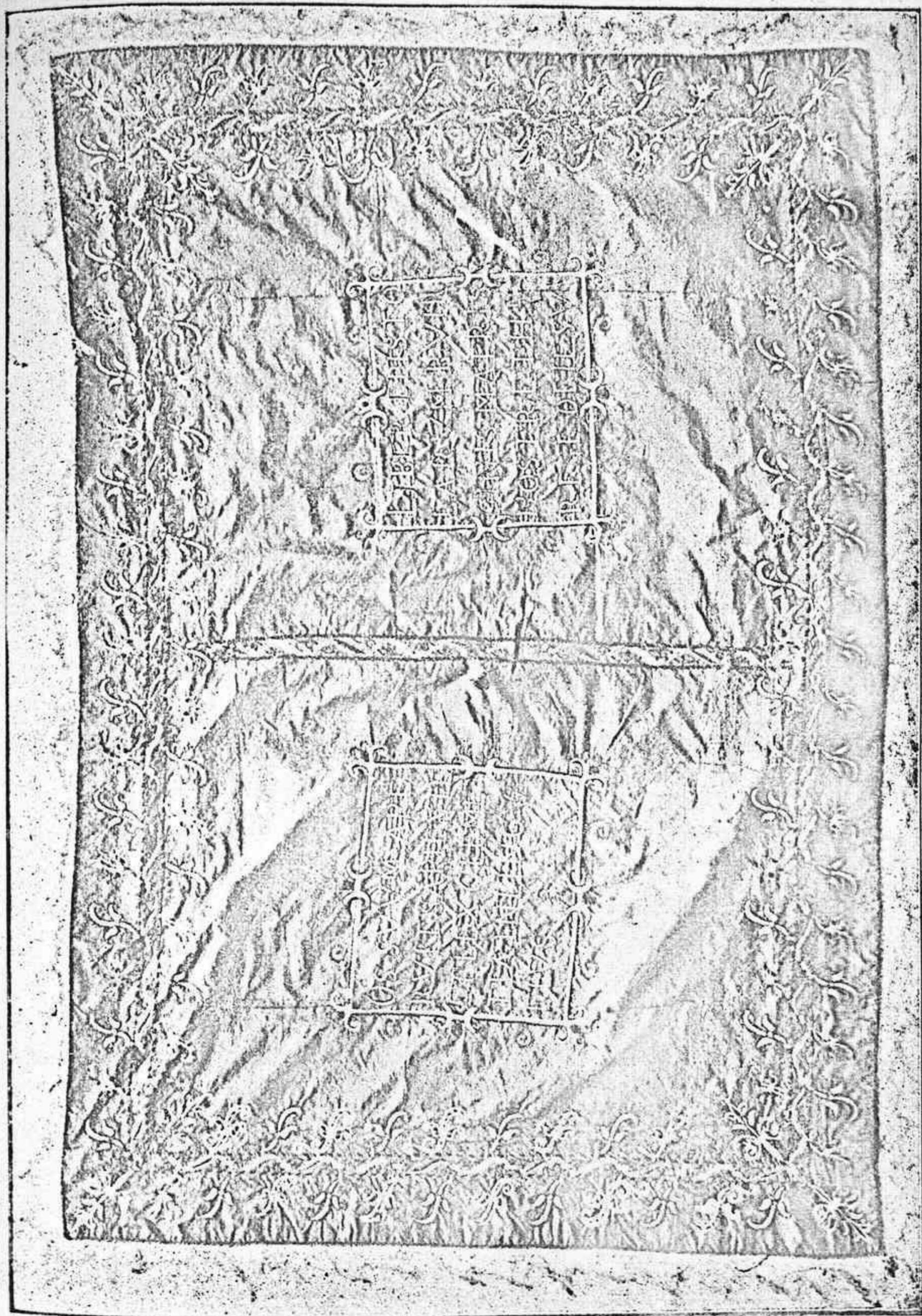
lucidario del verdadero espíritu, donde "se declara la doctrina de la Madre Teresa de Jesús (pág. 15), he tomado esta cita.

Cuenta allí mismo este verdadero discípulo de la Santa que como la importunase, estando en Toledo, para que escribiese el libro de las *Moradas*, ella le respondía por estas palabras, que pondré aquí como muestra al propio tiempo de su habla y estilo: "¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados, que han estudiado; que yo soy una tonta, y no sabré lo que me digo: pondré un vocablo por otro, con que haré daño. Hartos libros hay escritos de cosas de oración. Por amor de Dios, que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de Religión, como las demás hermanas, que no soy para escribir ni tengo salud y cabeza para ello."

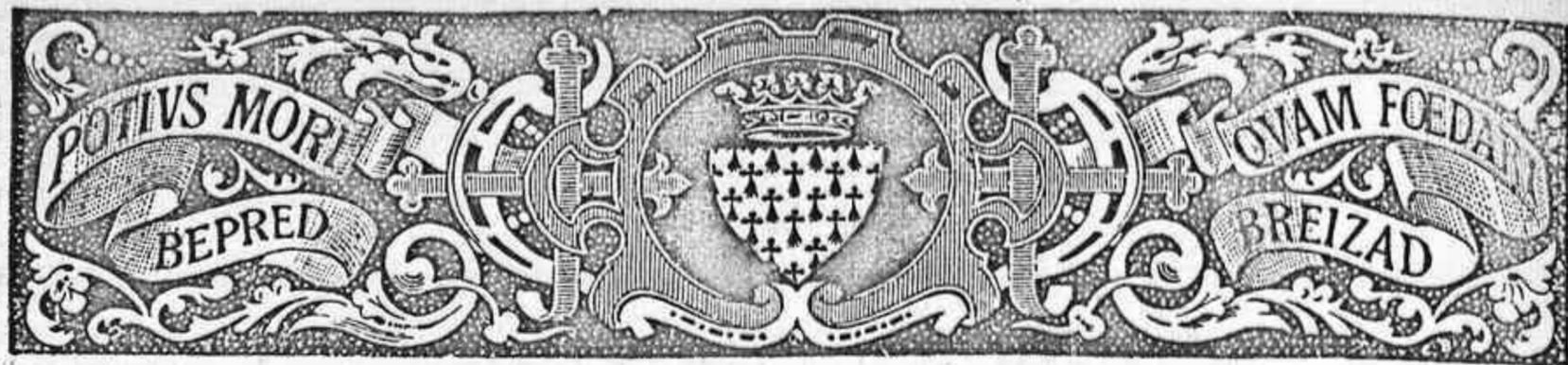
JULIO CEJADOR.

(Continuará).





Paño de tafetán carmesí que cubre el libro de **LAS MORADAS** dentro de la caja que lo contiene



LAS CAPILLAS DE LA BASÍLICA



ambos costados de las naves de la Basílica que, en honor de la excelsa Santa Teresa de Jesús, se está construyendo en Alba de Tormes, se disponen capillas en número de cuatro á cada lado, de iguales forma y dimensiones todas ellas, de planta cuadrada con 4,50 metros de lado y separadas por los contrafuertes de la nave. Estas capillas se comunican con el templo por grandes arcos sobre columnas, y, en sus ángulos, grupos de éstas soportan los arcos formeros y cruceros de sus bóvedas de simple arista, cuya altura, medida del pavimento á la clave, es de nueve metros, estando iluminadas por sendas ventanas ajimezadas.

Su fachada forma parte de la lateral del templo, constando de un zócalo de cantería granítica de 1,50 metros de altura, y sobre él otro de piedra franca de 1,40 metros, constituyendo ambos el basamento en el cual resaltan los contrafuertes que se elevan sobre la cornisa y balaustrada, coronación de la fachada, rematando por agujas ornamentadas. La ventana se decora también exteriormente con su archivolta, columnillas y ménsulas.

Todo lo exterior, excepto el ya indicado zócalo de cantería granítica, se construirá con sillería de piedra franca, formando revestido de cuarenta centímetros de espesor con llaves y enjarjes; las cornisas y vierte-aguas serán de todo grueso, así como la parte exenta de los pináculos y las agujas.

Interiormente será de piedra granítica el pavimento y un zócalo general de ochenta centímetros de altura, así como las basas de las columnas; y éstas, sus capiteles, la imposta, arcos formeros, aristas, clave y tracería de la ventana, de pie-

dra franca, haciéndose la bóveda de sillarejo y el resto de la construcción de buena mampostería, que se enlucirá con estuco para pintarla al fresco.

El costado más próximo á la capilla mayor se destinará al altar y en el otro puede disponerse un monumento funerario. La ventana se cerrará con su vidriera pintada, reja y alambarrera, y á la entrada de la capilla habrá de ponerse una artística verja de hierro.

La disposición, tamaño é independencia de estas capillas, las hacen muy á propósito para servir de enterramientos, observando al efecto las disposiciones vigentes en la materia, y por tanto, pueden ser costeadas por particulares, teniendo, en cambio, el citado derecho y el de patronato con arreglo á lo prevenido en las leyes y disposiciones civiles y canónicas. Dichos particulares podrían luego decorar á su gusto la capilla, costeando también el altar, el sepulcro y la vidriera, si bien estos detalles y la pintura de muros habrían de sujetarse en un todo al estilo del edificio y estar en perfecta armonía con el conjunto, debiendo de someter sus diseños é inscripciones á la aprobación de S. A. R. la Infanta D.^a Paz y del Arquitecto de la Basílica D. Enrique M. Repullés y Vargas.

El coste de cada una de estas capillas, exceptuando los expresados accesorios, se calcula en unas 20.000 pesetas.

E. M. REPULLÉS.



los en soll
se ocupa
sig
La sa
orden de
de Israel
y abarce
toca salva
nuestro ca
Pero an
les de la V
hermoso hi
pluma de S
"Dios te
gentísimo d
Dios te salva
dres, gloria
de los márti
Dios te salve



APARICIÓN DE LA VIRGEN INMACULADA

EN LA GRUTA DE LOURDES



Es verdad lo que afirma el doctor seráfico San Buenaventura, como lo es ciertamente, de que conocer á María es el camino de la inmortalidad, y el cantar sus glorias senda de salvación, los momentos más dichosos y placenteros del hombre serán aquellos en que, surcando los estrellados mares de sus grandezas, se ocupa en describir las virtudes sobrenaturales de tan egregia y amorosa Madre.

La sagrada Virgen, Madre del Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, descendiente de los Reyes más ilustres de Israel, nacida en cuna de oro en los Idus de Septiembre, y aparecida á Bernardita el 11 de Febrero de 1858 entre las rocas salvajes de Masabielle, será hoy el objeto constante de nuestro culto y devoción.

Pero antes de pasar adelante á investigar los gloriosos anales de la Virgen de Lourdes, no podemos menos de cantar el hermoso himno de glorias á María, compuesto por la áurea pluma de San Efrén:

“Dios te salve—dice el ilustre escritor sirio—vaso `refulgentísimo de Dios, estrella resplandeciente de la mañana, Dios te salve, canto de los querubines, esperanza de los padres, gloria de los profetas, corona de las vírgenes, belleza de los mártires, paraíso de inmortalidad y salud del mundo. Dios te salve, resurrección de Adán, fuente de gracias. Ma-

dre de todos, refugio de los pecadores y asilo de los que trabajan y están afligidos,,. (*Orat ad Virg*).

Y aunque al decir del santo profeta de Sión, toda la gloria de la Hija del Rey sea interior, también queremos aplicar á la Virgen con mayoría de razón, lo que el inmortal Miguel de Cervantes decía de Dulcinea del Toboso, dama de increíble hermosura y especie de divinidad de la caballería andante:

“Sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, blancura de nieve en el cuerpo, depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas,,. (*El Ingenioso Hidalgo*, tom. I, cap. XIII).

Pero aún mucho mejor describe el Espíritu Santo la belleza celeste y original de María en el libro de los sagrados epitalamios: “Toda hermosa eres, dice, amiga mía, y mancha no hay en tí. *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*. Como el lirio entre las espinas, así es mi amada entre las hijas. *Sicut liliun inter spinas, sic amica mea inter filias*,,.

Luego se pone á elogiar hasta los pasos de la Esposa diciendo: “¡Qué hermosos son tus pasos, oh, Hija del príncipe! *Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia principis*.

Pues esta Princesa de la hermosura y Reina de la pureza, es la misma que se dignó aparecer á Bernardita en la gruta de Lourdes cuatro años más tarde de la declaración dogmática de la Inmacula Concepción, lo cual sucedió del modo que vamos á contar á los amables lectores:

Vivía en Lourdes, pintoresca ciudad del Mediodía de Francia, departamento de los Altos Pirineos y diócesis de Tarbes, una niña encantadora, de catorce años, que no sabía leer ni escribir, y habiendo ido la jovencita pastora, pues este era su oficio, por leña al monte un día frío de invierno, ó sea 11 de Febrero de 1858, se le apareció la Reina de los ángeles.

La Virgen vestía un traje blanco como la nieve, de la cabeza á los pies le rodeaba un precioso velo del mismo color, cuyos ondulantes pliegues azotaba suavemente la brisa del cielo, una faja azul bordada en oro ceñía la cintura, y sobre sus lindos pies, medio desnudos, resplandecían dos rosas más frescas y elegantes que las de Sarón y Jericó.

La hermosa Virgen aparecida venía con el rosario en las

manos, hacía señas á Bernardita para que lo rezase, y le sonreía cual cariñosa Madre á su hija inocente, después de lo cual desapareció la visión.

Y vosotras ¿no habéis visto nada, preguntó Bernardita á su hermana menor María, y á su amiguita Juana, niña de unos quince años, que le habían acompañado al monte, cuando fué á buscar leña? Nada, absolutamente, contestaron las niñas. Pues en ese caso tampoco yo tengo que deciros nada, agregó Bernardita; vámonos á casa.

Las apariciones se repitieron hasta diez y ocho veces, siendo la primera el día 11 de Febrero de 1858, y la última el día de Nuestra Señora del Carmen del mismo año, siempre con nuevas circunstancias, de algunas de las cuales hemos de hablar en particular.

El 18 de Febrero había en Lourdes mucha concurrencia de gente, porque era día de mercado, el cual escogió la Virgen para la tercera aparición. Esta vez acompañaban á Bernardita, á la favorecida de la Virgen, como todos la llamaban, dos señoras francesas, Madame Millet y Madame Antonia Peyret, las cuales, habiendo llegado hasta las rocas de Masabielle, se pararon, mientras la niña penetró hasta la gruta. Tuvieron la precaución de llevar una vela, porque sospechaban que sería algún alma del purgatorio, y además, papel, pluma y tinta para tomar declaraciones, en caso que la aparecida quisiese hacerlas.

Al acercarse Bernardita, una oleada de luz sale de la gruta, y entre nubes de gloria ve á una señora de divina hermosura, que se adelanta hacia ella. *Ya la veo otra vez, ya la veo, ya está aquí, ¡qué delicia!*

Pues pregúntale, agregaron las señoras, si quiere que nos estemos aquí contigo, ó nos retiremos. La niña, después de indagar la voluntad de la Virgen con una mirada angelical, contestó: *Podéis quedaros conmigo.*

Pregúntale también quién es, qué es lo que desea y á qué ha venido á estos lugares, y ofrécele el papel para que escriba lo que desea, y nosotras cumpliremos religiosamente. Bernardita se adelantó hacia la Virgen y, presentándola el papel y la pluma, dijo: "Señora mía, si tenéis algo que comunicarme, haced el favor de escribirlo aquí." "No necesito escribir lo que tengo que comunicarte. Sólo harás el favor de venir aquí durante quince días seguidos." "Con mucho gusto lo haré, con-

testó la joven. Y terminó la Virgen diciendo: "Yo también te prometo hacerte dichosa, pero no en este mundo, sino en el otro", y desapareció la visión.

En la séptima aparición, que tuvo lugar el 23 de Febrero, dijo la Virgen á Bernardita, que dijese á los sacerdotes procurasen edificar una capilla en aquel sitio, y en la octava aparición, verificada el 24 de Febrero, repitió por tres veces seguidas: *¡Penitencia, penitencia, penitencia!*, es preciso hacer para salvar el mundo.

Pero la más solemne de las apariciones fué el 25 de Marzo, día de la Anunciación, pasando por alto otras.

Aquel día, algo extraordinario presentía la angelical pastorcita, y se puso como de costumbre á rezar el santo rosario, cuando hé aquí que un viento fuerte le revela la presencia de María. Esta se le apareció más hermosa que en otras ocasiones; una corona de lirios ceñía su frente, las dos rosas que tenía en los pies arrojaban un brillo más intenso, y traía escrito en su manto azul el nombre de la *Purísima*.

—Señora, tened la bondad de decirme quién soís y cómo os llamáis, preguntó Bernardita por tres veces seguidas, sin obtener ninguna respuesta, sin obtener más que algunas sonrisas de la Virgen. Señora, tened la bondad de decirme quién soís y cómo os llamáis, insistió de nuevo la niña.

Y la Virgen, desplegando las manos que tenía unidas ante el pecho y volviendo á unir las, dijo con voz sonora y cariñosa: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. ¡Qué suerte la de Bernardita!

Por fin el día de Nuestra Señora del Monte Carmelo, gloria de Sarón y belleza del Líbano, se le apareció, como ya hemos indicado antes, por última vez, con su precioso y blanco ropaje, y ceñida de banda azul, y se despidió de la niña, para no verla más hasta el cielo.

Dios y la Virgen honraron la gruta de Lourdes con innumerables milagros, pero tan evidentes y demostrados, que la crítica más exigente no ha podido negarlos. Bebiendo el agua milagrosa de Lourdes, los pecadores han conseguido la gracia para convertirse, los enfermos la salud, los desgraciados el consuelo y todos algún favor señalado, quedando altamente agradecidos á las bondades de la divina Señora.

Monseñor Segur, Enrique Laserre, Luis Beuillot y otros distinguidos escritores publicaron los anales de Nuestra Se-

ñora de Lourdes, esmaltados de asombrosos milagros y hechos prodigiosos, que han dado la vuelta al mundo, ejerciendo en la sociedad una influencia benéfica.

Cuatro años más tarde de la primera aparición, el venerable Obispo de Tarbes, Beltrán Severo, instruyó el expediente canónico para examinar los milagros obrados por Nuestra Señora de Lourdes, y después de largo y razonado estudio, para el cual consultó no sólo á egregios teólogos, sino también á las eminencias médicas, en 18 de Enero de 1862 declaró lo que sigue:

1.º Juzgamos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, se ha aparecido realmente á Bernardita Soubirous el 11 de Febrero de 1858 y los días siguientes, hasta diez y ocho veces en la gruta de Masabielle junto á la ciudad de Lourdes.

2.º Creemos que esta aparición reúne todos los caracteres de la verdad, y que los fieles obran con fundamento al creerlo así:

3.º Para conformarnos con la voluntad de la Virgen Santísima, expresada muchas veces en sus apariciones, nos proponemos edificar un santuario en el terreno de la gruta, ya propiedad de los Obispos de Tarbes.

En estos últimos años ha tomado inmenso desarrollo la devoción á Nuestra Señora de Lourdes, aumentando su culto por medio de las peregrinaciones que de todas las partes de Europa han acudido hasta las gradas del trono de María, especialmente el año de la Inmaculada 1904.

Los lectores de esta revista desearán saber la vida de Bernardita después de las apariciones, y vamos á satisfacer sus deseos.

Dícese que al principio trabajó para entrar en la Orden de Carmelitas descalzas en Francia, pero no lo pudo conseguir, no sabemos por qué motivos.

Por eso ingresó en la Congregación de las Hijas de la Caridad en la ciudad de Nevers, á los veintidos años de su edad, ó sea en Julio de 1866, y después de hacer una vida de ángel en la religión durante doce años, murió el 16 de Abril de 1878, á los treinta y cuatro de su edad, subiendo su hermosa alma, como una paloma blanca, á las eternas moradas del cielo.

Séame permitido ahora decir algo del asunto preferente de mi devoción hace algunos años.

La hermosa Virgen aparecida en Lourdes en 1858, es la

misma que subió en cuerpo y alma al cielo, según la tradición y la doctrina de los teólogos, y ninguno ignora los laudables trabajos de muchos autores modernos, para conseguir que eso se defina como dogma de fe.

Por fortuna, semejantes trabajos han empezado á producir el fruto apetecido. Al voto de tantos egregios Prelados, de quien hicimos mérito en los artículos precedentes publicados en LA BASÍLICA TERESIANA, hay que añadir las treinta mil firmas que se han recogido, pidiendo la misma gracia á la Santa Sede, en la diócesis de Málaga, con la aprobación de su Obispo.

Y en verdad, es debido este honor á la Virgen Santísima, Inmaculada desde el principio de sus caminos. *Dominus possedit me in initio viarum suarum.* A fin de que, según la palabra revelada de David, el Señor guarde su entrada en el mundo por la Inmaculada Concepción, y su salida por la gloriosa Asunción á los cielos, creencia que todos los católicos desean se defina como dogma de fe. *Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum, ex hoc nunc et usque in saeculum.*

FR. EUSEBIO DE LA ASUNCIÓN.



que se defina como dogma de fe. Dominus possedit me in initio viarum suarum. A fin de que, según la palabra revelada de David, el Señor guarde su entrada en el mundo por la Inmaculada Concepción, y su salida por la gloriosa Asunción á los cielos, creencia que todos los católicos desean se defina como dogma de fe. Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum, ex hoc nunc et usque in saeculum.

por las cosas que me mandan de la obediencia
se me a echo tan difi cul tu las como es cri bir
aora cosas de ora giv lo vno por q no me paxie
no del sermõ es piri tu pa a ger lo rj de ser
lo tro por tener la cõ bõ tres meses a un
un hny do y sea q ca ta grande q a los neq
gios for cosas es cri bu co pena mas e ten dien
dõ la fuerza de la obediencia fue la a thana co
un q parece y pofibles la vltima tu sede teny
na a ger lo may de bre u gana a q el natural
parece q sea fliper un cho por q no me a del
sermõ tanta virtud q el pelear cõ la en firme
ad continay con so cõ pa gions de muchos uca
ueras se pue da a ger fingran cõ tradi cion suya
a ga lo el q a es lo otras cosas mas difi cul tu
las por a cer me a e a n y a n y se r i cõ r d i a cõ
fio / bien cre o e de sa ber de q i po como q lo
q e d i c h o e o t r a s c o s a s q m e a m a n d a d e s e r i
v i r a t e t e n o q a n d e s e a f i t o d a s l a s m e s
mas por q an fi como los paxos q e ser n a
a bla r no sa be u mas de lo q los m e s t r a d o y e
y e s t o s e p i t e n m u c h a s v e c e s l o y o a l p i e d e l a
le t r a s i e l s e r m õ q u i f i e r e d i g n a l g o m e t u
s u m a q l o p a r a d e s e r i d e t r a e r m e a l a
m e m o r i a l o q o t r a s d e s e e d i c h o q a c o e s t o m e
c o n t e n t a s i a p o r t e n e r l a t a n m a l a q m e o l g a
n i a d e t i n a r a a l g u n a s c o s a s q d e s i a e s t a d a

Primera página del prólogo del original autógrafa de LAS MORADAS de Santa Teresa, que se guarda en el convento de San José, de Sevilla



LAS MORADAS

PRÓLOGO

DE

LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

AL LECTOR

JHS

Pocas cosas, que me ha mandado la obediencia, se me han hecho tan dificultosas, como escribir ahora cosas de oracion; lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo, lo otro, por tener la cabeza tres meses há con un ruido, y flaqueza tan grande, que aun á los negocios forzosos escribo con pena: mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas, que parecen imposibles, la voluntad se determina á hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad continua y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradiccion suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas mas dificultosas, por hacerme merced, en cuya misericordia confio. Bien creo he de saber decir poco mas que lo que he dicho en otras cosas, que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mesmas, porque ansi como los pájaros que enseñan á hablar, no saben mas de lo que les muestran ú oyen, y esto repiten muchas veces, só yo al pié de la letra. Si el Señor quisiere diga algo nuevo, su Majestad lo dará, ú será servido traerme á la memoria lo que otras veces he dicho, que aun con esto me contentaria, por tenerla tan mala, que me holgaria de atinar á algunas cosas, que decian estaban bien dichas, por si se hubiesen perdido.



VIDA MODERNA

Perder la paz por alcanzar riquezas:
Correr con necio afán tras una sombra,
Una sombra fugaz de aura mundana,
Un vapor ténue de mundana gloria:

Y pagar con usura
Las mentidas lisonjas.
¡Si llamáis á esto vida,
Para vosotros toda!

Desertar de la fe y urdir infamias:
Hacer de la impiedad su causa propia:
Cerrar los ojos á la luz, gozarse
En medio del tumulto y la discordia,

Y sentir de los odios
La sed devoradora.
¡Si llamáis á esto vida,
Para vosotros toda!

Por un momento de deleite insano,
Llevar á los hogares la deshonra,
Y oír en pos de su maldito paso
Las ultrajadas almas que sollozan...

Apurar de los goces
La mortífera copa.

¡Si llamáis á esto vida,
Para vosotros toda!

Ojos sin luz y pecho sin amores,
Cuerpo gastado que á morir se apronta,
Alma sin ilusión... sin esperanza,
Que llevada por hondas cenagosas,
Descendió hasta el abismo,
Y palpa entre las sombras...
¡Si llamáis á esto vida,
Para vosotros toda!

P. GIL.





HISTORIA DEL REY QUE NO FUÉ Á BELÉN

II

EN silencioso tropel presentáronse al poco rato, á la puerta de la cámara de Hadar, los magos y los sacerdotes, los adivinos, zahoríes y profetas y cuantos hombres doctos ó que de tales presumían tenía el magnífico monarca á su servicio.

Allí los detuvieron los guerreros de la guardia, y el capitán de ella pasó á dar aviso al rey. A poco tornó el capitán y, abriendo de par en par las puertas enormes de la cámara, que eran de cedro macizo con goznes y cerrajes de ataujía, franqueó el paso á los varones sabidores.

Entraron éstos en apiñado grupo y, callados, postrándose á la vez de hinojos, doblaron la cerviz hasta el suelo de porfídicas teselas, para rendir homenaje á su señor temido. Hadar, impaciente, les hizo ademán de levantarse y les señaló la estrella de la cola de oro, que zútila se divisaba en el cielo, por amplio balcón abierto en uno de los muros de aquel espacioso recinto.

Y dijo Hadar:—Ya habréis visto la estrella. Os he llamado para que me digáis lo que es, y qué presagia y qué me importa. Hablad.

Entonces corrió un murmullo entre los doctos hombres; miráronse unos á otros; temblaron muchos, y en el semblante de todos se leyeron confusión y duda. Por largo rato ninguno habló. Permanecían de pie, apelotonados en un rincón, gachos los ojos, sin osar ponerlos en el rey, temerosos de su cólera. Al fin, cuando ya iba á estallar la ira del monarca, uno

de ellos, el de más proveccta edad, cediendo á las susurran-tes instancias y á los empellones de sus compañeros, se adelantó, temblequeando cual hoja al viento, salió de la penumbra en que estaban todos y vino á pararse frente á Hadar, en un rectángulo de luz sobrenatural y argétea, con que, por el abierto balcón, inundaba el lucero misterioso las teselas del piso, el techo artesonado y el ambiente de la cámara real.

Aquella luz prestaba á la figura de Hadar, varón erguido y fuerte, presencia tan terrible y majestuosa, que con ello se acreció la angustia en la mente apocada de Kudut, el viejo sacerdote. Tremían de continuo su cuerpo encorvado, sus manos rugosas, sus labios exangües y la luenga barba de plata, que, ondulante como las aguas de un río, caía hasta sus pies, por cima de sus talares vestiduras carmesíes.

Por último, con desesperado arranque y voz casi imperceptible, balbuceó Kudut:

—Contemplando estábamos el lucero algunos de tus magos y yo—¡mísero de mí!—cuando nos vino recado tuyo, ¡oh rey magnánimo, señor de vidas, sin par entre los grandes de la tierra!, de que sin demora acudiéramos todos á tu alcázar, porque te dignabas pedirnos nuestro humilde parecer acerca de lo que el astro portentoso representa y pronostica. Ya sabes, señor mío, cómo en distintas ocasiones, previsoramente, hemos vaticinado la próxima aparición de otras estrellas, y cómo, sin errar el juicio, declaramos el influjo, favorable siempre, que en tus destinos habían de tener. Pero hé aquí, oh príncipe,—y al decir esto se hizo más balbuciente y flébil la voz de Kudut el sacerdote,—que el surgir del lucero que allá refulge nos ha sorprendido á cuantos sabios somos. Ninguno de los nuestros, por sus cálculos y figuras, dedujo la venida de la melenuda estrella de oro; ninguno, desde que la estrella, poco há, apareció deslumbradora encima de los alcores del Oriente, y por más que repasara presuroso sus libros de cómputos y fórmulas de magia, ha podido aún desentrañar lo que la estrella vaticina, si bien estamos de acuerdo todos en que se trata de algún suceso felicísimo, digno de tu grandeza y tu virtud. Nada podrían añadir á esto tus adivinadores y profetas. Perdona la ignorancia de tus rendidos siervos, y concédenos generosamente un plazo hasta el despuntar del alba, oh rey, que para entonces de fijo te traeremos la clave cierta del celestial enigma.

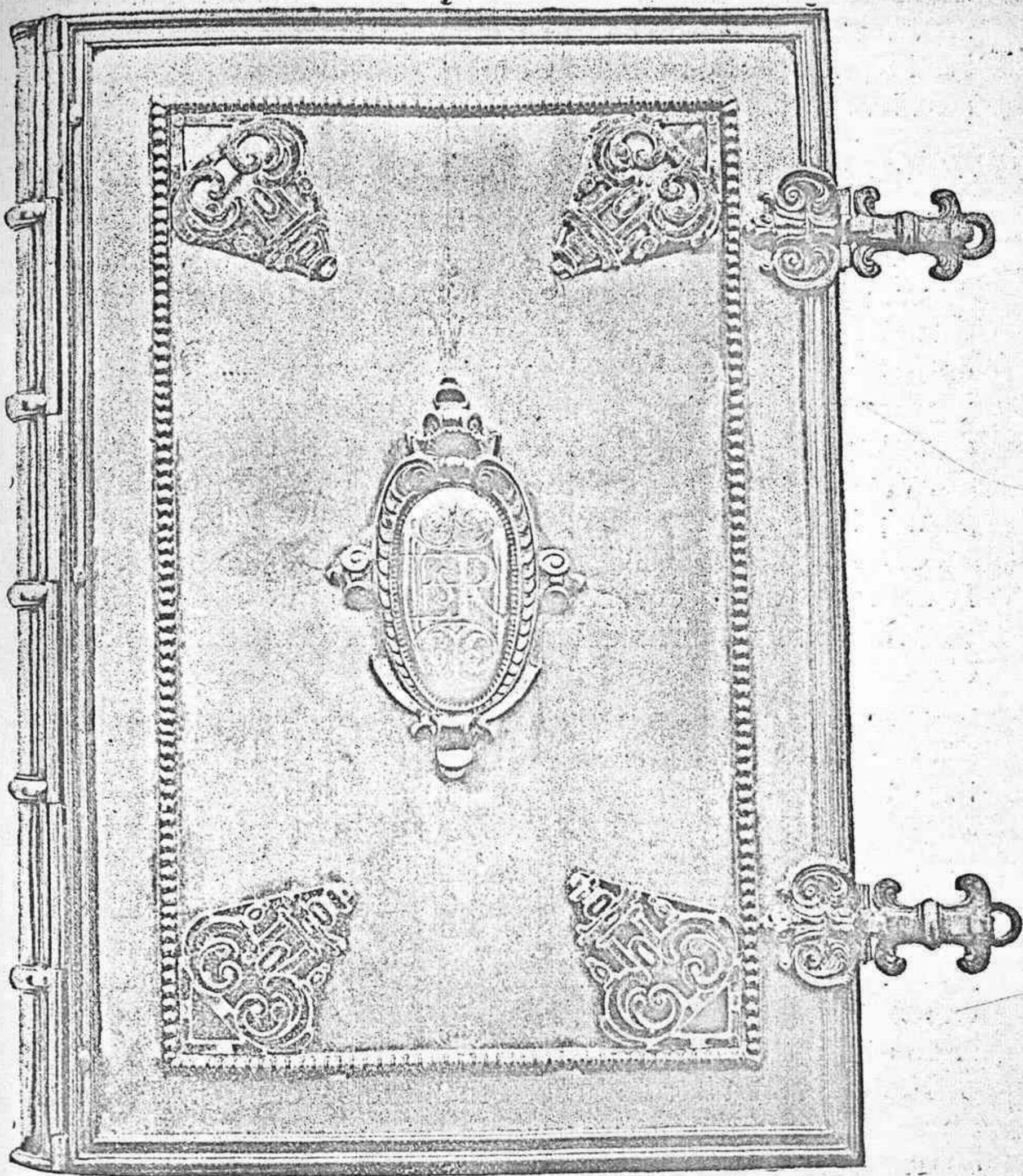
—¡Necios, presuntuosos, miserables, que para tan poco me servís y tan descuidados sois!—exclamó el rey con furia y con despecho. Idos al punto de mi presencia y volved dentro de dos horas. Y si para entonces no me traéis descifrado el arcano de la estrella, ¡guay de vosotros! que vuestros inútiles huesos y vuestra carne pasto será de mi jauría.

Y, dicho esto, el rey, con mucha dignidad, volvió las espaldas á sus anonadados sabios, los cuales se apresuraban ya á salir de la cámara, cuando un hombre, entrado en años, alto, delgado, hirsuto, de ojos centelleantes y túnica andrajosa, surgiendo del tropel de los que huían, vino á plantarse delante de Hadar y exclamó, imperioso el gesto, vibrante la voz más que clarín agudo:

—Atiéndeme, rey; oidme sabios y profetas, que la palabra de Dios fluye de mi boca.

Detuviéronse en su fuga todos cuantos ya iban á franquear las puertas de la cámara; miró Hadar con extrañeza al hombre, y éste prosiguió diciendo:

—Yo soy Tiddim, el hijo de Midian, del reino de Judea, que vine á estudiar la ciencia entre los magos de Cingal. Mas en ellos no hallé sino sombras de muerte y maldades y falsía. Y hé aquí que mi espíritu andaba perdido en las tinieblas, y fué de pronto iluminado por luz resplandeciente. Y en mis oídos ha clamado una gran voz, y hánme sido dados inteligencia, consejo y fortaleza. Por sueño de visión nocturna, cuando están los hombres adormecidos en el lecho, mientras tus sabios contemplaban á la estrella, y tú, oh rey, celebrabas un festín con los grandes de tu Corte, entonces fué cuando el Señor me reveló lo que la estrella es. Cantad á Dios, el único y verdadero, porque para siempre es su misericordia, y regocijáos en lo más íntimo de vuestro corazón, y engalanad los pórticos y ventanas de vuestras casas, y haced paz con vuestros enemigos, y que todo sea contento y mansedumbre en vuestros pechos, porque ya se están cumpliendo las verdaderas profecías; y yo, inspirado de Dios, vengo á traeros la buena nueva y á gozarme en la alegría de la gente. El día del Señor está cercano, pues en Belén de Judea, en casa de José, de la estirpe de David, de María, su esposa, virgen, ha de nacer un Hijo engendrado por obra del Espíritu Santo. Y le darán el nombre de Jesús, porque Él salvará á los pueblos y será rey en el reino de los cielos y sobre la tierra en el co-



Tapa anterior del libro (original autógrafa) de LAS MORADAS, que se conserva en el convento de San José, de Sevilla

razón de los hombres de buena voluntad; y mostraráse blando y amoroso para con los humildes y los buenos, y justiciero para con los soberbios y malvados. Depón, por tanto, oh rey, todo espíritu de cólera y de orgullo, y arrepiéntete de tus iniquidades, y toma tu caballo, y monta en él, y haz que tus siervos carguen dromedarios y elefantes con cinamomo de tus campos, y perlas y corales del mar que besa las playas del Cingal, y frutas de tus huertos y joyas de tu tesoro, y emprende el camino en pos de la estrella penachuda, nuncio de la venida del Hijo del Altísimo, y guía que ha de conducirte á Belén, del reino de Judea, donde le hallarás en un establo, con María y José, adorado por pastores y por reyes, entre un buey y una mula, en un pesebre, tendido entre pajas y granzones, pues así está dispuesto que nazca el Niño Redentor, porque su gloria es hoy semejante á tesoro escondido, y no la conocerán los fátuos, y sí no más que los justos, para quienes, como la lumbre del sol, ha de resplandecer.

Calló Tiddim, y Hadar, vuelto de su pasmo, engañado por la soberbia de su corazón y llena su alma de furor inícuo, despreció las palabras del profeta, y á gritos prorrumpió diciendo:

—¡No sé cómo he podido sufrir las insolencias y necesidades de este loco! Prendedle, sacerdotes, y llevadle al suplicio. ¡Que pague con su vida su impudencia!

Rompiendo en alaridos de furia y alegría, como bandada de lobos crueles, se arrojó entonces la caterva de los sabios sobre Tiddim, y, asiéndole de la túnica, de los brazos y del cuerpo, y hasta de la barba y cabellera hirsutas, á puñadas y puntapiés le arrojaron de la cámara y le hicieron rodar de cabeza por la escalera grande del alcázar, entre las burlas y risas de los soldados de la guardia real.

Fué Tiddim á dar de bruces en el suelo, veinte gradas más abajo. Se levantó sangriento y magullado, desnudo casi. Miró en derredor de sí, con ojos de acosada fiera, y se vió solo, y no lejos de él y más arriba un confuso montón de gente que se le venía encima, y puños blandidos, y rostros coléricos, y manos y armas amenazadoras que surgían de aquella masa, entre grandes clamores y bocas abiertas gritando estruendosamente. Entonces sintió Tiddim congoja, y se apegó á la vida, y el miedo le prestó sus alas. Huyó, huyó á escape, sin saber á dónde, con carrera loca, dando grandes brincos para esquivar

bultos que procuraban atajarle el paso. Acá derribaba á alguien, acullá sentía un tirón y que la túnica se le iba, más lejos oía un silbo como de piedra voladora ó le sonaba en el cuerpo golpe doloroso, y, de todos lados, por donde quiera que tomaba en su correr angustioso y carleante, percibía detrás de sí rumor de rápidas pisadas, y confuso, horrible clamoreo. Tiddim corría siempre, y ya le zumbaban los oídos, las piernas le temblaban y le parecía que iba á estallar su corazón dentro del pecho, cuando de pronto surgió un muro delante de sus ojos y en el muro vió una puerta abierta. Por ella se coló con ímpetu, y siguió corriendo. Mas á poco tuvo que detener algo su carrera, porque estaba á oscuras. Pensó en esconderse, pero enseguida oyó más cercana la gritería espantable de sus acosadores, y otra vez le aguijoneó el terror y apretó de nuevo el paso. Pronto se acostumbraron sus ojos á las tinieblas que le cercaban, y divisó á través de ellas la traza vaga de un edificio, y conoció que estaba en algún templo, y se vió luego al pie de un ara, casi debajo de ídolo monstruoso, iluminado por ténue claridad. Allí, rendido, se desplomó Tiddim cual masa inerte, y así se estuvo, perdida casi la conciencia, hasta que otra vez le zumbaron los oídos con rumor de voces y pisadas muy cercanas. Entonces, con supremo instinto, sin darse cuenta ya de lo que hacía, Tiddim se irguió á medias, y como á sagrado se fué hacia el ídolo, agarrándose con ambas manos á los cornijales del altar. Al paso que lo hacía, sintió el mísero unas puntas frías hundiéndosele entre los hombros y en el pecho. Veláronse sus ojos, y, con un gemido, rodó de lado para quedarse luego tendido de espaldas, con los brazos en cruz, la faz tranquila y expresión de profundo reposo en la mirada.

Así, á manos de los falsos profetas y adivinadores de Cingal, murió Tiddim, hijo de Midian, por haber dicho la verdad al rey.

LUIS VALERA.

(Continuará).





EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE

EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(CONTINUACIÓN)



CONTINÚA el descenso en medio de rústicos y agresivos paisajes que cambian de perspectiva, según las vueltas y revueltas del accidentado camino, estrechándose cada vez más el horizonte y perfilándose en las nebulosidades del cielo las encrespadas cordilleras de las grandes montañas que se pierden á lo lejos hasta confundirse con un vapor blanquecino en los últimos confines del horizonte.

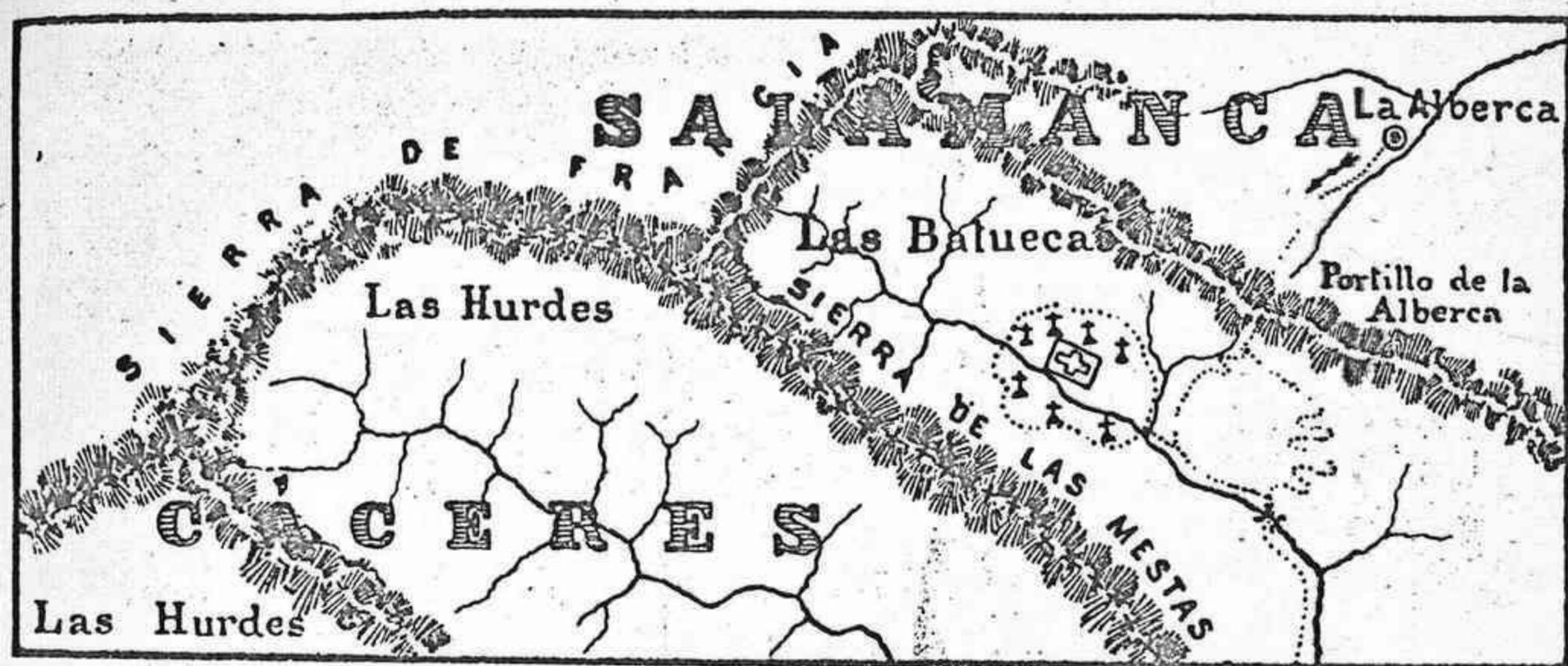
Ya desde el sitio llamado las Eras del Convento, se divisa mejor la huerta, los gigantescos cedros y abetos, altísimos cipreses y pinos y la lozanía de aquella exuberante vegetación, regada y sostenida por abundantes cursos de agua.

“No hay raza humana que aliente por la vega frondosísima, ni beba el agua que resucita clara, fresca, filtrada por las rocas, perfumada por las flores, mantenida por las nieblas y bendecida por Dios. No hay sér humano que atraviese las peligrosísimas veredas, que unen en curvas de perfecta gradación unos montes con otros, ni palacios á orillas del río, ni torres almenadas sobre el vértice de las rocas, ni cuevas de gente pobre, ni caseríos, ni un resto de camino, ni una sombra de civilización ni de barbarie.”

Jamás se oyó entre sus desiertas cumbres el silbido de la locomotora, ni jamás por arte de brujería, corrió la palabra por los hilos del telégrafo en aquel solitario país, abandonado, desconocido, inexplorado.

Nunca bajaron al valle conquistadores ni propietarios. La historia no recuerda dominación allí arraigada, ni absolutismo allí dominante, ni señor de horca, ni abad emprendedor, ni magnate envidioso.

Y para que la paz sea más grande y para que el alma se eleve á más altos vuelos, en esa región inolvidable quedan, de los únicos pobladores, que fueron frailes, un convento sombrío, unas celdas vacías, unos claustros desiertos, una campana muda que no tiene por quién llorar en los momentos de



MAPA GEOGRÁFICO DE LAS HURDES Y LAS BATUECAS

agonía, por quién pedir en las horas de oración, á quién rezar cuando la noche viene, ni á quién dormir en las veladas de invierno.

Un día llegó hasta aquel recinto la mano odiosa de un gobernante y suprimió los frailes. No suprimió el valle, porque como obra del Artífice inmortal, el valle de las Batuecas será eternamente una morada para los espíritus contemplativos y amantes de la verdad.

Decía un viajero desconocido al contemplar la gran cascada y la gruta maravillosa del monasterio de Piedra: "Ante el sublime espectáculo del subterráneo, sólo dos palabras se pronuncian: Dios, Naturaleza."

Nosotros aplicamos al valle de Batuecas la misma frase.

Un hereje no quería creer que el mundo en que vivimos fuera obra de una sola voluntad, porque le encontraba muy malo para que fuese hecho por uno solamente.

Pero el mismo escéptico vió las Batuecas, y ya no quiso

creer que uno solo pudiera arrancar aquellos montes al mar, para ofrecerlos como cerramiento espléndido de un jardín de belleza natural y variada, y repitió la frase del turista: "Dios Naturaleza."

Las calles de cipreses altísimos y de cedros de elegante copa; los bosques de frondosos ramajes y plantaciones de exuberante vegetación; el río apacible y manso que se desliza serpenteando por piedras que parecen de conchas y arenas que brillan como la plata; la sombra que hace pálida la luz del sol; el ambiente halagador que adormece en el éxtasis de la calma más pura; el aroma virgen de aquellas flores, que mueren sin marchitarse y se reproducen por esa armonía misteriosa y sublime que trae la eterna primavera al pie de los picos que guardan las nieves eternas; el secreto misterioso que mece en dulces arrobamientos al espíritu creyente; la compenetración bendita del hombre con la naturaleza; el himno que se eleva recogiendo todas las voces del silencio, paradoja sublime que tiene cien lenguas y las descompone desde las bóvedas del firmamento, en sinfonía maravillosa para regocijo del corazón y encanto de los sentidos; un lugar apartado como pedazo del cielo para llegar en sus goces, desde el bienestar limitado, á la dicha infinita; la poesía de la verdad, el arte espontáneo, el bien sin mancha y la luz sin sombra.

Eso son las Batuecas (1).

J. VÁZQUEZ DE PARGA.

C. de la R. Academia de San Fernando.

(Continuará).

(1) Eusebio Blanco. — *El mundo en la mano*, t. IV, pág. 807.





Impresiones de viaje. — Dos horas visitando la construcción de la Basílica Teresiana en Alba de Tormes. — En mi última visita á las obras de la colosal Basílica Teresiana en Alba de Tormes, no pude quedar más complacido y satisfecho, tanto de lo adelantado de sus obras, como de la instalación de los elevadísimos andamios de gran tirada sobre la nave lateral derecha, donde con gran entusiasmo se siguen los trabajos para dar terminadas las capillas que piensan inaugurarse en las fiestas de la Santa en el presente año, con asistencia de muchísimos personajes de la alta aristocracia española.

Siempre que he pisado aquel suelo, que dentro de algunos años servirá de panteón al seráfico cuerpo de la insigne Doctora Teresa de Jesús, parece que el semblante se me alegra, al ver la blancura de aquella mole de piedras, que, unidas unas con otras, van subiendo hasta formar el hermoso conjunto que se desea. Cada vez es más grande el entusiasmo mío; me paso horas enteras observando á los humildes obreros entregados unos y otros á sus diferentes trabajos, y el último día que los visité, pude admirar la elevación de algunas piedras mandadas por un magnífico torno que ha habido que instalar sustituyendo á la «grúa», por no dar ya bastante altura donde los andamios se hallan colocados.

Tienen éstos una tirada de 22 metros de longitud por 16 de altos, siendo todavía mucha más la elevación de los paralelos, que sobre fuerte puente sujetan la hermosa polea, por la cual pasa una enorme maroma ó cuerda que mide muchos metros y es por la que las piedras colocadas sobre un nuevo aparato suben sin exposición alguna hasta descansar en el andamio, del cual los asentadores, por medio de rodillos, las conducen al sitio que cada una tenga que ocupar dentro de la construcción. Estos andamios, después de servir para la elevación de piedras y demás materiales, hacen un gran servicio para la colocación y asiento de los mismos, pues de trecho en trecho tienen formados fuertes puentes para la colocación de pisos que forman el paso en derredor del terreno que ocupa toda la parte de la nave que abarcan las capillas.

Observé los materiales que se han empleado para la construcción de los mismos y quedé complacido al ver que lo mismo maderas que herraje, todo ofrece la mayor seguridad posible en estos casos de tanta exposición y peligro, si la base principal de ellos como son los andamios, no estuvieran hábilmente contruídos, llevando cada una de sus bases toda la seguridad posible para evitar algún funesto accidente.

Todo se halla hábilmente dirigido, quedando andamio por todos los sitios donde el asiento de las piedras es más dificultoso, como son los grandes arcos de las puertas, ventanas y columnas del centro de estas últimas.

Todos los trabajos sobre las alturas son verdaderamente expuestos; pero, dado

el celo y cuidado del maestro que dirige las obras, resultan con la perfección y fuera de ningún peligro, como se desea.

Miré en derredor y pude ver que allí todo ha cambiado, pues ya no hay nada de aquella tristeza que se apoderó de las obras al fallecimiento del venerado Padre Cámara (q. e. p. d.) hasta el musgo y hierbajos que rodeaban las columnas, todo va quedando enterrado bajo los restos que arrancan la escoda y el cincel de los bloques de piedra para darles sus formas.

El jardín que dió hermosas flores y que también quedó abandonado, hoy se encuentra transformado, y dentro de esta hermosa primavera, se levantará orgulloso para que sus flores canten la alegría de que por algún tiempo fueron privadas.

Abandoné las obras, como he dicho, satisfecho y lleno de orgullo, y cuando tomé el tren para dirigirme á la ciudad, todavía desde las ventanillas adiviné aquellas obras, aquellos elevadísimos andamios y pensé en aquellos humildes obreros, que, dirigidos por su maestro, contribuyen á tan hermosa obra.—*Un obrero.*—Alba de Tormes 9-4-907.

* * *

Recuerdos de viaje.—Con este sencillo título ha publicado la casa de Herder de Friburgo de Brisgau, una lindísima serie de cartas dirigidas por el Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra, D. Federico González Suárez, á la piadosa revista de Quito *La República del Sagrado Corazón*, reflejando con primorosa elegancia y dulce ingenuidad las impresiones suscitadas en su alma durante su excursión por Europa; Roma, Lourdes, El Escorial, Sevilla, Burgos, Lisboa, Lima..... embelesan la atención del Prelado americano y arrancan de su pluma galana y tornátil expresiones sentidas de veneración y elogios empapados de cariño.

El ilustrado Sr. Obispo de Ibarra consagra también un capítulo afectuoso á Santa Teresa de Jesús, cuyas reliquias históricas y somáticas veneró con profunda emoción en Avila de los Caballeros y Alba de Tormes. Esto le da ocasión para enlazar remembranzas tiernas de la vida, obras y escritos de la Mística Doctora y evocar el recuerdo oportuno de Lorenzo de Cepeda y Teresita de Jesús, que llevaron á Quito el nombre y las virtudes de la gran Reformadora del Carmelo.

La narración es apacible, fluída y untuosa..... Se pega sin querer al alma..... Y es que el Sr. González Suárez ha vertido en ella la bondad efusiva de su corazón, enamorado de Dios, y por todas sus líneas va dejando un aroma suave y difuso comparable al de los tomillares gratos de Castilla... El libro está además cuajado de grabados alusivos á los monumentos de que hace mención, y corresponden al esmero, pulcritud y espiritual gracia de la edición.

* * *

Avanzando.—La construcción de la grandiosa Basílica se ve de día en día avanzar. Desde que S. A. la Infanta D.^a Paz tomó á su cuenta las obras, se han construído 344 metros cúbicos con inversión de unos 320 metros cúbicos de piedra excelente de sillería y pago de 3.000 jornales.

La villa ducal ha visto con alegría, que desde el mes de Agosto del año pasado, en que se reanudó el trabajo hasta la fecha, no ha habido intermisión de ninguna especie ni cesación por la aspereza de las estaciones de invierno y verano. Si Dios conserva la vida á la magnánima Señora Infanta D.^a Paz, no dudamos que la grandiosa ilusión de la Basílica será un hecho, y Santa Teresa tendrá en Alba un templo digno de su estúpida grandeza.

* * *

Celo plausible.—Para que se vea que nuestros elogios al Arzobispo electo de Sevilla, D. Enrique Almaraz, nuestro ilustre paisano, tocantes al entusiasmo por la gloria de Santa Teresa no son «palabras que lleva el viento», sino hechos fructuosos y reales, nos agradamos en hacer pública, aun á riesgo de lastimar su modestia, la puntualidad sorprendente con que todos los años, á fecha dada, envía su elevada cuota de suscripción, y la organización perfecta que su virtuoso delegado D. Isidoro López ha sabido dar á los coros teresianos de la provincia, enviando periódicamente cantidades notables que se publican en la Revista.

Además, este gran devoto de la Santa Madre, en armonía con las instrucciones de su Prelado, difundió una circular de propaganda que rebosa fervoroso interés, y que por las muestras cayó como buena semilla en la voluntad dócil y generosa de los diocesanos palentinos.

¡La Santa se lo devuelva en bendiciones!

* * *

Nuestros grabados.—El primero es un paño de tafetán común, que cubre el libro de *Las Moradas*, dentro de la caja que lo contiene. La puntilla que le rodea es de plata dorada.

El segundo es reproducción del prólogo del original autógrafo de *Las Moradas* de Santa Teresa, que se guarda en el convento de San José de Sevilla.

El tercero representa la tapa anterior del precioso autógrafo mencionado. Sus tapas son de plata blanca; las molduras, emperladas y cartelas sobredoradas; los esmaltes de azul celeste y azul prusia. Las dimensiones son 31 + 21.

Representa el cuarto un sencillo mapa de las Hurdes y las Batuecas, con indicación del sitio donde se asentaba el antiguo proverbial convento en el valle delicioso situado entre las sierras de Francia y de las Mestas.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas Cént.</i>	
De D. Joaquín Solans (Seo de Urgel).....	10	»
» » Juan Loredó (Madrid).....	2	40
» D. ^a Antonia Cuervo (íd.).....	7	50
» » Casimira Estibales, Tesorera de las Teresianas de (íd.) ..	282	45
» La Sra. Superiora de las Carmelitas de Boston (E. V. de A.)...	141	55
» Los Sres. Testamentarios de D. Jerónimo B. Rodríguez.....	3.000	»
» Sr. Obispo de Tortosa.....	100	»
» D. Manuel Somoza (Salamanca).	100	»
De una devota de Bilbao.....	50	»